



LA PALABRA EN LA ANTIGUA HÉLADE ENTRE MYTHOS Y LOGOS, Y SUS PROYECCIONES

Giuseppina Grammatico Amari¹

RESUMEN:

La palabra en cuanto mythos, "toca" la cosa y se asimila a ella, tomando su forma y su figura; en cuanto logos, "recoge" los miembros de la cosa mudándolos en partes de su "cuerpo sonoro", sin quitarles nada de su sustancia. Es eso lo que le es connatural. Creemos, en este momento, que ella constituye el punto de partida mejor y más objetivo para nuestra investigación. Hoy la preocupación cultural es el lenguaje, pero ya para el mundo actual el lenguaje no es la cosa, es signo de la cosa; cuando es "sano", y no siempre lo es, hace de mediador entre nosotros y ella. Si lo vemos transformado en un mero objeto, podemos estar seguros de que sufre de un mal endémico de difícil curación. Debemos, por tanto, volver al logos, el ser de los griegos; y serán las palabras y las expresiones que habremos escogido las que nos introducirán en el núcleo mismo de la argumentación.

Palabras claves: Literatura, mythos, logos, argumentación.

ABSTRACT:

*THE WORD IN ANCIENT HELLAS: BETWEEN
MYTHOS AND LOGOS*

The word, as for mythos, "touches" the thing and becomes assimilated into it, taking on its shape and its image; as for logos, it "gathers" the members of the thing, mutating them into parts of its "resounding body", without taking away any of their substance. It is that what is inherent to it. We believe, at this point, that it constitutes the best, most objective starting point for our research. Today the cultural concern is language, but for the current world language is not the thing anymore, it is a sign of the thing; when it is "healthy", and it isn't always like that, it becomes a mediator between us and the thing. If we see language turned into a mere object, we can be certain it suffers from an endemic disease that is hard to cure. We must, therefore, go back to the logos-being of the Greek; and it will be the words and the expressions we have chosen that will get us into the very core of the arguments.

Key words: Literature, mythos, logos, arguments.

1. SACRALIDAD DE LA PALABRA PRIMIGENIA

Repensar hoy, desde nuestra América, los albores de la palabra en la antigua Hélade despierta en mí una profunda emoción. La palabra en verdad es para mí un tema de meditación casi cotidiano. No hablo de aquella que sirve como instrumento de comunicación en las simples y banales situaciones del diario vivir, aunque también esta ha de ser usada con prudencia, cortesía y cierta natural compostura, acorde a la índole de quien la utiliza y a la circunstancia en que se la emplea. Me refiero a aquella que pronunciamos cuando queremos expresar un pensamiento profundo, revelar un sentimiento intenso, transmitir un anhelo del alma, la fulguración de una intuición o la lucidez de una idea.

No puedo olvidar, aunque hayan transcurrido unos decenios, el tono de voz grave y dulce y los ojos, de un azul increíble, de un viejo monje benedictino a quien conocí en Lliu-

¹ Grammatico Amari, Giuseppina. Centro de Estudios Clásicos, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

Lliu. Era como si buscara dentro de sí las palabras que, entre largas pausas de silencio, le afloraban en los labios, casi en un susurro, mientras intentaba dar respuesta a mis interrogantes. Esas palabras parecían venir desde un mundo misterioso y muy lejano, y estar siendo acuñadas en ese preciso momento solo para mí. La misma sensación he probado en ciertas ocasiones ante las palabras de un niño que me confiaba uno de sus maravillosos descubrimientos. Y algo semejante siento a veces, escuchando mis propias palabras como si fuesen de otro, durante una clase, ante un auditorio particularmente atento, mientras intento dar forma a un pensamiento que nace en mí de improviso, asomando desde latitudes secretas. Me refiero, pues, a la Palabra plena de sentido, cargada de vida y de ser, y que encierra en sí su misterio. Aquella que sorprendemos en el instante mismo en que toma forma.

En Grecia, la primera palabra se llamó *mythos*. El término se acuñó a partir de la raíz *my*, la sílaba del asombro. ¿Qué es lo que asombra al hombre de la antigua Hélade? Es lo esplendoroso, lo prodigioso, lo extraordinario, o al menos aquello que se le presenta como tal, y que excede la capacidad creativa del ser humano. Maravilloso o terrible. El hombre siente que no tiene derecho a intervenirlo, a manipularlo. Solo puede estremecerse y admirarlo, recogerlo, y, una vez que lo ha, por así decir, incorporado a sí, mostrarlo y entregarlo. Palabra es esencialmente mostración. Mostración de aquello que está allí, ante sus ojos, y lo sacude, lo asusta, lo sorprende o lo conmueve. El hombre, ante esa mostración, se hace espejo, la transparente en su forma perfecta, sin quitarle ni agregarle nada. Es eso lo que Parménides llama *mytheisthai*, la primera expresión del decir.

No parece haber lugar aquí para un entendimiento de la palabra como simple medio de transmisión de lo cotidiano. *Mythos* retrata lo sacro en su perfección. Lo sacro es lo único verdaderamente real, todo lo otro se desvanece, presa de la fragmentareidad de lo contingente. La palabra se revela al hombre como forma eterna: pertenece al ‘siempre’. Si el hombre está abierto a ese siempre, si su ubicación en el aquí y en el ahora y su circunstancial pertenencia a ellos no lo encadena en su angostura, puede en plena libertad, en el instante en que el ser de las cosas se le devela, tocarlo en su verdad y asimilarse a él.

Dice, entonces, lo que es, y *es* lo que dice: es viento y luz, noche y sol; es justicia y memoria, es lejanía y esperanza, cariño y deseo. Puede decirlo todo, desde el momento en que todo lo impacta. Se cumple así, enteramente, el camino de ida y de vuelta de lo mismo a lo otro, y se concreta su coincidencia plena. Porque el alma del hombre es, de algún modo, todas las cosas –como dirá más tarde Aristóteles–, y la expresión da cuenta de algo absolutamente real. Eso que hemos llamado “tocar el ser” de la cosa describe un movimiento bipolar, que culmina en un ‘encenderse y brillar’: *háptesthai* y *thyngánesthai*. Anula toda distancia y permite hacer de ella la experiencia perfecta.

Remite, en la literatura actual, –en *El pobre de Asis* de Kazantzaki–, a las palabras de san Francisco, que fray León apuntaba en pequeños recortes de cualquier material, y guardaba en el ancho borsillo de su sotana en espera de hallar el valor de consignarlas en signos legibles, y que quemaban como tizones ardientes. O quizás a la experiencia de las cosas, de un personaje de Calvino, tan intensa y plena que, en el acto de mirarlas, perdía su propia identidad y devenía lo que ellas eran.

2. TENSIÓN Y ATENCIÓN

Los dos ejemplos bastan para graficar ese doble movimiento que va del que contempla a lo contemplado y de esto a aquél: La mirada atenta del hombre suscita el empinarse de la cosa, su erguirse para mostrarse en todo su esplendor; y al mismo tiempo ese enderezarse de la cosa (*histasthai*) como para lucir sus encantos despierta la admiración del hombre que concentra en ella su mirada (*dérkesthai*).

Pareciera que la palabra nace cuando las dos voluntades se encuentran, exactamente en el cruce. Se origina entonces la chispa que se enciende y brilla (*háptesthai*), y los sonidos se disponen solos, uno al lado del otro, constituyendo el cuerpo sonoro del *mythos*, como miembros de su ser espiritual.

Sella pues, el cruce, la experiencia del encuentro, la maravilla del confluir, uno en el otro, de dos querer, la *synapsis* de dos movimientos. Se origina allí el acto de “hacerse” en la palabra, de volver a fundarse en la densidad y espesura del ser individual que se vuelve depositario de todo el ser. La vida en el lenguaje es una larga estela de pequeños *fiat*: se construye a partir de esos minúsculos cuerpos sonoros que toman vida en nuestros labios después de haber echado raíces en nuestro interior. “Todo llega a ser a partir de la Palabra”, dice Heráclito al comienzo de su oscura y a la vez luminosa meditación sobre el origen, “y el hombre tiene parte en ella. Sin embargo no la entiende” y sigue buscando afanosamente la verdad, mientras ella está allí, dentro de él, misteriosamente envuelta en su corteza de signos. Le nace desde adentro. Basta con que se incline hacia lo más hondo de sí y la recoja (*legein*). Y una vez recogida la explicita en aquello que puede llamarse el primer acto de donación (*logos*). Y también de celebración o quizás de glorificación, porque es la gloria del ser que en ella se manifiesta en sus atavíos de gala. La verdad, *alétheia*, late en su misterio, y nada puede opacar su esplendencia. El *mythos* primigenio arde en ella y abre el camino en que se opera su transitar hacia el *logos*, él también primigenio. Porque *mythos* y *logos*, en su primer aparecer, son uno y lo mismo.

3. MYTHOS. LA PALABRA-VERDAD DE PARMÉNIDES

El poema de Parménides nos introduce de manera ejemplar en el “corazón inmóvil de la Verdad bien redonda” (*aletheies eukykleos atremés etor*) y nos obliga a distinguir entre palabra-verdad y palabra-opinión. La verdad es definida “bien redonda” porque el Ser que ella refleja es semejante a una esfera, símbolo de la perfección. La palabra que *dice* el Ser es, ella también, como un círculo cerrado en sí mismo, y no admite la inclusión en su interior del abigarrado enjambre de las apariencias y las contradicciones. Es necesario que haya “un decir que diga” y “un pensar que piense” el Ser. Porque el Ser es. Hay Ser. No así, en cambio, su contrario. Cuando Parménide dice: “el Ser es” habla del Ser verdadero, de la Verdad del Ser. Y cuando habla de “un decir que dice el Ser” está aludiendo a la palabra que transparenta con absoluta fidelidad su inconfutable Verdad. Todo lo otro cae en la esfera de las experiencias personales, que no han de ser necesariamente experiencias de cosas verdaderas, y subyacen a la arbitrariedad de lo que acontece en determinadas circunstancias y no en otras. La palabra que dice el Ser ocupa entonces su sitio en el ámbito de lo real, porque es veraz, y este es un argumento científico que se rige conforme a un criterio de verdad, clarísimo e incontestable. Sabemos ya de los hirientes dardos que nuestro filósofo lanza contra aquellos que al hablar

pasan por alto ese criterio, llamándolos sordos, ciegos, embobados y carentes de juicio (6,5). Parece ponernos sobre aviso: es imposible forzar el lenguaje obligándolo a afirmar que son –y por ende, son verdaderas– las cosas que no existen, o no son –agregamos– tales como nuestras palabras mendaces las retratan. Parménides ve en esa forzatura una suerte de violencia que vicia la verdad del ser de las cosas, que no puede ser sino el que es. Nos está alertando contra los peligros en que se incurre cuando se altera esa verdad, cualquiera que sea el fin al cual tal alteración obedece. No caben aquí fines más o menos justificables. Su razonamiento es rigurosamente exacto y no admite discusiones. Al alejarse de esa lógica del todo congruente, se es constreñidos a dar pasos en falso por un camino torcido que no llevará a ninguna parte. En otros términos, es absurdo pretender que el lenguaje sea prostituido al punto de obligarlo a expresar algo que resulta ser falso y que por ende traiciona su ser.

Todo este razonamiento es puesto por Parménides, en boca a *Alétheia*, la diosa que encarna la Verdad que es también Necesidad (*Ananke*) y Justicia (*Dike*), Destino (*Moirá*) y Persuasión (*Peithó*); y ella lo llama *mythos* (2,1), algo así como “revelación”. La *theá* parmenídea “revela” en el *mythos* la verdad y es, ella misma, Verdad. ¿Y qué otra cosa, sino revelación, es esta que, puesta en boca a una divinidad perteneciente a la vez al ámbito mítico y al cognoscitivo, nos hace partícipes del misterio de la palabra verdadera? Nuestro problema es que, en nuestra insensatez, nos ilusionamos de otorgar consistencia y realidad a aquello que es tan solo fruto de la opinión la cual, a su vez, se basa sobre una conveniencia y un utilitarismo de corto alcance.

4. LOGOS. LA PALABRA-VERDAD DE HERÁCLITO

Y “revelación” es también el *Logos* de Heráclito, que es al mismo tiempo la “Verdad” que se manifiesta en el acto de expresar su propio ser, y la “Palabra” que contiene el mensaje verdadero por ella anunciado. A pesar de que el término *Logos* pertenece ya, en el siglo VI antes de Cristo, al léxico filosófico y científico, vemos desde el comienzo que lo desborda y nos reconduce al mismo terreno que *mythos*, es decir, al ámbito de lo sacro. Todo llega a ser a partir de este *Logos* (1,4), pero la mayoría de los hombres no lo entiende y se distancia de él; por eso, el *Logos*, que es Palabra, termina por tomar la costumbre de callar y ocultarse, y se limita a “hacer señas” (*semainei*), esperando que en algún momento los humanos hallen la clave para interpretarlo. En cuanto Verdad es universal, y por ende común a todos. Como la diosa de Parménides, se revela como Verdad, Justicia y Necesidad, pero, a diferencia de ella, incorpora a sí también la Lucha y la Discordia, es decir la Oposición. A pesar de que ni Lucha ni Discordia presentan aquí su lado negativo, y más bien actúan como elementos dinámicos y enriquecedores en la animación de la Palabra fundante, aparecen abriendo una fisura en la mole compacta del logos-verdad. Y por esta fisura penetran los múltiples aspectos del Ser, a menudo contradictorios en su apariencia, si bien no en su realidad. Lo dis-corde junto con lo con-corde, lo dis-sonante junto con lo con-sonante crean el ajuste perfecto, la más bella armonía –sentencia Heráclito–; pero esto no aparece muy claro al hombre común, que sólo intuye la posibilidad de revertir las cosas para sacar ventajas de la situación. Se le escapa el criterio de la justa medida (*metron*) que rige el ordenamiento universal. Elige como maestro a cualquier contacuentos que le permita falsear la verdad, para manipularla como mejor le convenga. Así el *Logos* deja de ser revelación, permanece callado

e incomprendido. Heráclito, que había atisbado una forma eterna de la Palabra-Verdad, se encierra en sí mismo y opta por el silencio. Y es que hay un aspecto de ella que solo se devela a unos pocos, quizás apenas a uno, pero ese uno, que es él mismo, tiene acceso a lo que en ella es impenetrable, a su núcleo sacro.

5. ES AÚN TIEMPO PARA EL MYTHOS. ES AÚN TIEMPO PARA EL LOGOS

Todavía en Heráclito, la Palabra, fuego vivo de verdad, es lo divino fecundo y actuante, y conserva dentro de sí el *mythos* de los comienzos. Pocos, casi nadie, en su tiempo, lo entendió. Sucede lo mismo en nuestro aquí y ahora en América Latina. Pero no será siempre así. Es hora de redescubrir esa verdad en nuestro lenguaje: de *Rhetra* a *rhema*, de *Parabola* a *palabra*, de *Verbum* a *verbo*. El sentido de los términos se nos ha hecho débil, angosto, de vuelo limitado, como si nos asustaran las alturas. Es hora de poner fin a ese reduccionismo que amenaza con empobrecerlo todo levantando una barrera que obstruye la comprensión de aquello que es y que la palabra espejea.

Esa constricción es muy dañina, especialmente para quienes trabajamos con las palabras. Nuestra tarea investigativa, cualquiera que sea su objeto propio, tiene como fin recoger “argumentos”, es decir, signos de claridad meridiana, que conduzcan de lo visible a lo invisible y traten de dar voz a lo inefable que apenas barruntamos. Debemos realizar esa tarea teniendo en cuenta que se trata de seguir la estela de los antiguos *theorói* –los peregrinos que iban a consultar el oráculo de Apolo en el santuario de Delfos–, y que ella no se agota en lo profano, en lo meramente pedestre y desechable, sino que tiende a alcanzar el punto en que el resplandor de la verdad es absoluto. Heráclito lo llamaría “el linde de Zeus resplandeciente”, que en griego suena *ouros aithriou Diós*, y quizás designe una zona no solamente astronómica, sino también intelectual y espiritual: “el linde del alma bella tendiente a lo infinito” donde se adensa todo el esplendor.

Hoy nos preocupamos mucho del lenguaje, hacemos de él un objeto de estudio privilegiado, pero casi sin darnos cuenta lo arrastramos a nuestra profanidad. Y damos a esta actitud el nombre de “rigor científico”. Oscilamos, entre una ciencia y una filosofía del lenguaje, mas en ambos casos terminamos por arrancar de él sus raíces sacras. Estudiamos los signos, pero dejamos de lado la real sustancia de la cual proceden y a la cual remiten. Edificamos castillos de fórmulas sobre la arena, que se derrumban al más leve soplo. Dejamos que algo se interponga entre la palabra y lo real que ella significa, y ese algo es a menudo conveniencia, interés utilitario y mezquino, estéril afán de lucimiento. No nos importa distorsionar su verdad, deformarla. Es este un claro síntoma de que nuestro lenguaje está enfermo. Ya en Homero –recordémoslo–, las tablillas de Belerofonte, que contenían un mensaje del todo opuesto a lo que se suponía debían contener, eran llamadas “perniciosas”. Era una clara advertencia del antiguo vate.

Es mucho el daño que se hace cuando el lenguaje se instaura sobre una pseudoverdad que más vale llamar directamente mentira. Se socavan los fundamentos mismos de la convivencia y del saber. Se malgastan las relaciones humanas y se traiciona la connatural honestidad de la actividad intelectual. Todo lo que se edifica sobre el engaño está, tarde o temprano, destinado a perecer. Es aterrador pensar en unas nuevas generaciones que ya no

puedan distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo; destinadas a ser sometidas sin discriminación a bombardeos de elocuentes discursos dóciles a los poderes de turno, a menudo fanáticos y sin escrúpulos. Esto empezó a darse en la misma Grecia, lamentablemente, y tuvo una rápida difusión a partir del momento en que las virtudes que la habían llevado a la cima cayeron en el olvido. El tiempo pasa y lo desvirtúa todo, y también aquello que en su origen tuvo el poder de fundar una visión de mundo inmejorable, poco a poco declina y se desvanece. Pero quedan los vestigios que guardan para la posteridad el espíritu del pasado.

Documentos y monumentos continúan a “hacer señas”. En ellos la palabra, esculpida en piedra, cincelada en metal, trazada en tablillas, en códigos, papiros y pergaminos, se hace fuente viva, y a esa fuente, a esas fuentes –Homero, Hesíodo, Safo, Píndaro, Lucrecio, Virgilio, Cicerón, Séneca, para citar solo a algunos– nos invita a beber para saciar nuestra sed de belleza, de nobleza, de magnanimidad. En estas nuestras hermosas lenguas, española o portuguesa, a través del viejo y siempre nuevo latín, la palabra originaria de la antigua Hélade oculta sus raíces. Tiene su propio sitio de red en nuestro corazón. ¡Visitémoslo!

Es aún tiempo para el *mythos*. Es aún tiempo para el *logos*.